

La Lectura Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

Hemos dirigido al Padre Santo el siguiente telegrama.

Cardenal Merry del Val.
Vaticano.—Roma.

«La Lectura Popular» humildemente presenta al Romano Pontífice su filial amor y fidelidad.

JULIAN CLAVARANA.

AMANCIO MESEGUER.

Fragmento de un artículo publicado el año 1878 en el periódico *El Segura* por nuestro difunto Director á raíz de su conversión cuando se estaba operando en su alma la mudanza que le llevó á fundar LA LECTURA POPULAR algunos años más tarde, y le hizo el CLAVARANA que ha sido hasta su justa, honrosa y envidiable muerte.

El día de los muertos

I.

¡Que día tan triste! Las nubes pesadas y sombrías se extienden por el cielo, y la tierra cubriéndose de luto parece que también llora las tristezas de la humanidad. El viento destemplado hace gemir las ramas de los árboles que desnudó el otoño, y arastra en torbellinos espirales sus hojas amarillas. Todo llora y se queja: el cielo con sus sombras, la tierra con su desnudez. Ya no hay flores que esmalten los prados, ni pájaros que canten en las arboledas. Parece que la naturaleza se ha despojado de sus galas para envolverse en el sudario de la muerte como la triste esposa se despoja de su corona de jazmines cuando ha perdido al esposo en el día de sus bodas. ¡Que día tan triste es el día de los muertos! Es el día de los recuerdos melancólicos; el día de las lágrimas y de los remordimientos. La vida del presente abre un paréntesis á la vida del pasado: esa vida de ilusiones que se fueron y de esperanzas que no se realizaron; esa vida que trae el hombre á su memoria en las horas de amargura y desengaño para medir sus desdichas de hoy por las venturas de ayer, como si el recuerdo de tiempos mejores sirviera para algo más que para aumentar nuestros pesares. Y es que siempre ha gustado más á los hombres vivir de esperanzas ó de recuerdos que to-

das las miserias de la realidad. ¡Pobre humanidad que huye de si misma! ¡Pobre humanidad que solo goza con lo que ya no es ó con lo que aun no ha sido! ¡Pobre humanidad que huye del presente y no puede vivir más que con el presente!

Llora el huérfano recordando á la madre cariñosa que endulzaba con sus caricias los días de su infancia. Llora la pobre mujer abandonada sobre la tumba de su marido al recuerdo de aquellas horas de ventura que huyeron como una sombra. Llora el padre á su hijo, el amigo al amigo; todos lloramos; pero ¡ay! que nuestras lágrimas acusan tal vez un vacío sentimentalísimo. Si sentados al umbral de las tumbas de los que pasaron consideráramos que ellos cruzaron antes que nosotros por el mismo camino de la vida, y sintieron también el dolor que producen sus abrojos, trocáramos en risa nuestro llanto.

Ellos llegaron al fin de su carrera. ¿Cuando llegaremos nosotros? Pobres viajeros fatigados, las lágrimas que derramamos sobre sus sepulcros debiéramos derramarlas sobre nuestras miserias. Ellos sufrieron los dolores que sufrimos, y padecieron las penas que padecemos, pero hoy se acabaron sus penas y sus dolores. Como el ave escapada de sus prisiones remontaron el vuelo a las infinitas regiones de los cielos.

Más por desgracia en vano es reflexionar de esta manera. Para el mundo de hoy esta es una consideración vacía; un consuelo de los niños; quizá el consuelo de las mujeres, pero el de los hombres, no: los hombres somos más sabios, somos más filósofos. Somos panteístas fatalistas racionalistas. Somos en fin cualquiera cosa menos los que fueron nuestros mayores. Hoy no pueden ya consolarnos esas sencillas afirmaciones hijas de la fé. Nosotros que buscamos ya el alma con el escalpelo; nosotros que pretendemos escribir la anatomía del espíritu, y hacer el análisis psicológico de nuestros sentimientos, sabemos ya demasiado para poder creer en nada. No tenemos fé ¡Pobres de nosotros!

II

Abismado en estas reflexiones ha pocos años me dirigía yo el día dos de Noviembre hacía el cementerio de.....donde

como de costumbre esperaba encontrar reunidas todas las gentes que tienen reservada para ese día su cantidad conveniente de lágrimas anuales. Como consuelo á mis tristes pensamientos buscaba ver derramar algunas verdaderas que á lo menos me demostrarán, ya que no otra cosa, la existencia del amor y la fidelidad. Aun hay llantos desinteresados decía yo para mis adentros viendo blanquear entre la enlutada concurrencia algunos pañuelos de finísima batista. Aun abraza el corazón de la mujer sentimientos puros, elevados; aun conserva en su alma el fuego sagrado de la fé, del amor y de la virtud; y mientras haya fé, virtud y amor sobre la tierra aun habrá esperanza para la humanidad. Un codazo y dos pisotones me sacaron en aquel instante de mis meditaciones filosóficas, y pusieron mis sentidos en contacto con el mundo de la realidad. Lo primero que en él se me presentó fué una familia que marchaba á mi derecha, compuesta de dos jóvenes de 16 á 18 primaveras, rubias como dos ángeles, que remolcaban á una mamá estremadamente gruesa. La pobre señora poco acostumbrada tal vez á tan largos paseos, bufando de cansancio hacía el sacrificio de dar uno cada año para visitar quizás la tumba de su marido.

—Carolina, exclamó la niña que parecía mayor dirigiéndose á su hermana: ¿Te acuerdas cuanto costó el año pasado la corona fúnebre del abuelito de Enriqueta?

—Me parece que fueron 200 reales pero hija no guarda comparación con la de papá; aquella corona era muy cursi.

—Pero mujer 17 duros; por María Santísima, si en los escaparates de La Melancólica las tienes preciosas por 180 reales con pensamientos negros y cintas elegantísimas.

—Que quieres, hija yo conozco que ha sido una primada dar diez y siete duros por la corona de papá; pero ya ves, ha de pagarse la moda y sobre todo el buen gusto. Confiesa que las letras de la dedicatoria están colocadas con mucho arte y sobre todo para poner en la lápida una cosa ridícula yo hubiera preferido dejarla sin adornar.

—Tienes razón, interrumpió jadeando la gruesa mamá; ya que hemos hecho un

sa sacrificio á lo menos que nos luzcamos.

¡Cielos! pensé asombrado, ¿será posible que estas sentimentales niñas vengan solo á lucirse sobre la fumba de su padre?

ADOLFO CLAVARANA

Bien haya quien á los suyos parece

—Mi amo, está usted en Babia.

—¿Y eso?

—¿A quién se le ocurre que un periódico como LA LECTURA POPULAR no haya dicho ni una palabra del viaje de M. Loubet, el Presidente de la República Francesa?

—A mí se me ocurre; y cabalmente por eso: porque es LA LECTURA POPULAR.

—Pues no ha habido perro ni gato que no le haya sacado el pringue á M. Loubet llenando columnas y más columnas con el cacareado viaje.

—Para ellos todo el caldo.

—Me quema usted la sangre, mi amo. ¿Qué inconveniente hubiera habido en hablar como los demás periódicos?

—¿No te lo he dicho ya? Que no me ha dado la gana.

—Pues periódicos de muchas campañas han sostenido que los católicos debían agasajar al *ilustre* viajero para honrar á la nación francesa.

—Te has empeñado en hacerme hablar sin gana. Te lo explicaré.

La nación francesa es muy respetable, y se ha llamado siempre Hija Primogénita de la Iglesia; pero M. Loubet es Presidente de un gobierno masónico que ha arrojado de Francia á las Ordenes religiosas; que ha secularizado los hospitales y la beneficencia en general; que ha arrancado sacrilegamente de las escuelas, juzgados y audiencias la imagen de Cristo crucificado; que ha separado la Iglesia del Estado en Francia; y el mismo M. Loubet ha tenido empeño en visitar á Roma y al Rey de Italia para dar al Romano Pontífice el bofetón de no hacer caso de él como si no fuera nadie; por lo que el Padre Santo, para mostrar con ocasión del viaje que no considera digno de respeto ni honor alguno á quien atropella á la Iglesia y los sagrados intereses religiosos de Francia, ha hecho salir de Madrid al Nuncio Apostólico, el cual no volverá mientras esté M. Loubet en España.

¿Y quieres tú que cuando el Padre Santo muestra claramente el propósito de no darse por enterado de semejante persona vaya LA LECTURA POPULAR ha atronar los vientos con su viaje?

No será eso.

Quando una cosa no merece atención,

el mejor modo de declararlo es no hacer caso de ella, ni nombrarla siquiera.

Y el que lo entienda de otra manera allá él. LA LECTURA POPULAR con arrimarse al Padre Santo se queda contenta.

Los unos y los otros

Ha regresado á España el eminente Padre Cirera, de la Compañía de Jesús, Director del Observatorio del Ebro, quien ha tomado parte muy activa en las deliberaciones del Congreso internacional de directores del servicio meteorológico reunido en Oxford.

El P. Algué ha asistido al Congreso de Insbruck, comisionado por el Gobierno de los Estados Unidos en Filipinas, como jefe del servicio meteorológico de aquellas islas.

El ilustre jesuita era el único español entre los representantes de las diversas naciones, y tanto en las comisiones particulares como en las conferencias generales, ha sostenido la defensa de los intereses científicos de España.

En una comisión particular y en la conferencia general se aprobó el proyecto de imprimir un manual que contenga todas las disposiciones legislativas internacionales desde el Congreso celebrado en Roma en 1879 hasta el de Insbruck.

Proponían que dicho código se imprimiera en alemán, inglés y francés; y el P. Algué hizo notar que, tratándose de divulgar las decisiones científicas internacionales, debería ser impreso también en castellano, lengua que se habla en buena parte del mundo; tanto más cuanto que ahora precisamente muchas de las naciones en que se habla este idioma están haciendo esfuerzos extraordinarios para agregarse al movimiento científico de las más adelantadas.

Por unanimidad se acordó publicar edición castellana, y consignar en ésta que el Congreso general daba las gracias al P. Algué por su gestión.

El P. Navás, jesuita, eminente sabio naturalista, único español asistente al Congreso Internacional de Botánica celebrado en Viena, ha conseguido después de muy reñido debate que sea declarada lengua oficial en esta ciencia el castellano al igual de otros idiomas; con lo que éste, como los demás sabios jesuitas, han dejado el nombre español á la altura que se merece.

Esto hacen los frailes por España en el extranjero, mientras los españoles los vilipendian cuanto pueden, y les atribuyen la fabricación de las bombas de Barcelona; del mismo modo que el siglo pasado,

cuando apareció el cólera por primera vez en España, los masones dijeron que los frailes habían envenenado las fuentes de Madrid, valiéndose de esta mentira para irritar á la plebe, y ejecutar con la protección y complicidad del gobierno conservador-liberal la vergonzosa iniquidad que se conoce con el nombre de *la matanza de los frailes*.

En estos casos no sabe uno que es más, si la malicia de los que inventan tales vatañas, ó la simpleza de los majaderos que se tragan semejantes embustes.

Pero los frailes, á imitación de Cristo, devuelven bien por mal, y así se ve claramente quienes son los unos y quienes son los otros.

Ven la paja en el ojo ajeno.....

De el *Boletín Eclesiástico* de Plasencia:

Tremenda es sin duda ante Dios y los hombres la responsabilidad de aquellos que, pasando la plaza de buenos, toman especial empeño en poner defectos á las publicaciones católicas, haciéndolas con su crítica mordaz despreciables á los ojos de los sencillos é incautos. Y esta responsabilidad sube de punto en aquellos que, no sólo no las ayudan, sino que les hacen guerra inicua, poniéndoles obstáculos y entorpecimientos en sus trabajos, no siempre perfectos, si, pero tampoco malos, so pretexto de alguno ó algunos defectillos que bien se pueden despreciar, y que por otra parte no son ellos mismos capaces de corregir, ó, si lo son, no lo quieren hacer.

De molde

Cae en nuestras manos el número de *La Correspondencia de España* perteneciente al 18 de setiembre pasado, y nos encontramos un artículo acerca del Japón que á la cuenta debe de estar escrito en japonés, porque nosotros no lo entendemos.

Por casualidad hay un párrafo en castellano que dice así:

«Callen pues los que hablan de barbarie, y exaltan la paciencia del pueblo ru-

o. La resignación es una virtud estéril, digna tan solo de los rebafios. Los hombres no pueden resignarse sino ante la fatalidad, anterior y superior á sus deseos y obras.»

Ya lo saben ustedes para su gobierno. Créanselo ustedes, que lo dice *La Correspondencia de España*, doctora en teología japonesa.

Y ahora recomendamos este párrafo anticristiano y fatalista á los lectores y suscriptores piadosos y místicos de *La Corrés*, para que meditándolo juntamente con las anteriores palabras del *Boletín Eclesiástico* de Plasencia vean si les es lícito dar sus cinco céntimos á tales papeles, privando de ellos á un periódico sano; y si procediendo así tendrán derecho á calificar de retrasados y deficientes á los periódicos católicos teniendo ellos la culpa de tales defectos por no prestarles auxilio, y dárselo en cambio al enemigo.

AMANCIO MESEGUER.

SECCION INSTRUCTIVA

CURIOSIDADES

Me dicen que no se sabe todavía lo que es Liberalismo. ¿Sería indiscreción pedirle á V. que nos lo explicase?

Finuras.

(Continuación)

Hay grados en el liberalismo.

Porque según el Santo Padre León XIII, unos se declaran independientes de toda autoridad divina, ni reconocen más obligación que su querer y voluntad.

Otros no son tan absolutos como estos, y admiten la sujeción á la ley natural que alcanzamos por la razón, pero no á otras leyes positivas sobrenaturales, como son las leyes que en el Evangelio nos dió Jesucristo, y las que con la autoridad de Jesucristo pone la Iglesia.

Otros admiten, sí, la sujeción á las leyes natural y sobrenatural y eclesiástica en la vida privada, pero no en la vida pública ni en la política y gobierno, según los cuales un mismo ciudadano en particular en su casa y en su conducta privada puede y debe proceder como católico, pero en la vida pública, como rey, como ministro, como diputado, como gobernador, como alcaide, como policía debe proceder como si no tuviese más religión ni moral que la ley civil hecha para guardar el orden público.

En fin, señala el Sumo Pontífice el cuarto grado de los que creen, sí, que tanto el hombre privado como el público debe

reconocer la autoridad de las leyes divinas y eclesiásticas y someterse á ellas, y que no por ser hombre público queda el hombre político exento de las leyes divinas, ni deja deser católico y estar sujeto á las leyes de la Iglesia aun en lo perteneciente al gobierno de los pueblos. Pero al mismo tiempo «juzgan, dice el Sumo Pontífice, que la Iglesia debe condescender con los tiempos doblegándose y acomodándose á lo que la moderna prudencia desea en la administración de los pueblos». Esto, si se entendiese de lo que, aunque moderno, es justo, ó por lo menos lícito, sería honesto; pero ellos lo entienden de las libertades liberales que están reñidas con las leyes de la verdad, de la justicia y de la Iglesia y dicen que en tésis general, en teoría, les parece que el estado y la política debería dictar todas sus leyes conforme lo manda la ley de Dios y de la Iglesia, sin permitir más culto que el único lícito, que es el católico, ni más libertades que las únicas lícitas, que son las que concede la ley divina y la eclesiástica. Pero en hipótesis, prácticamente, es decir, dadas las circunstancias en que está el mundo, y las ideas que corren, la Iglesia debe en todas partes ceder y permitir á los Gobiernos que con sus leyes sancionen y autoricen todas las libertades que constituyen el liberalismo, en concreto.

Considerado además el liberalismo bajo otro respecto, de la mayor ó menor independencia que tienen de la ley divina, y sobre todo de la Iglesia, que es el punto capital.

Hay otros tres grados de liberalismo.

Liberalismo radical, según el cual la Iglesia está sujeta al Estado, y no puede sino lo que el Gobierno le permite, como cualquiera sociedad de comercio, ó de industria ó de otros fines.

Liberalismo moderado, según el cual la Iglesia y el Estado están completamente separados. El Estado hace lo que quiere sin tener en cuenta para nada la Iglesia, y deja que esta haga lo que quiera, pero por su cuenta y sin estorbar al Estado, ni imponerle ninguna ley ni sujeción. En este caso el Estado da todas las libertades liberales, y si atiende en algo á la Iglesia es porque ha pactado con ella como pudiera haber pactado con cualquiera otra sociedad ó nación.

Liberalismo católico, según el cual, como arriba dijimos, en teoría la Iglesia tiene, sí, una autoridad suprema, superior á la del Estado, para legislar en materias de fe y de costumbres, y en materias mixtas, pero «debe» ceder á las circunstancias y

acomodarse á los tiempos y permitir las libertades modernas liberales que suelen conceder los gobiernos».

Estos son los tres grados que señalan muchos doctores y en especial los Obispos de las provincias del Ecuador reunidos en un Concilio.

¿Y es pecado el liberalismo?

Es pecado. Y es pecado en todos sus grados. Y es pecado mortal. Y es cierto, no solamente probable, que es pecado mortal.

Porque es pecado profesar una doctrina condenada por la Santa Sede: es así que todos y cada uno de los errores liberales estan condenados en particular, unos en la Encíclica *Quanta cura* y todos en el *Syllabus*, y en general el liberalismo ha sido muchas veces prohibido y proscrito como pernicioso por muchos y clarísimos documentos de los Papas, luego es pecado profesar el liberalismo. Esto es certísimo, ningún católico lo puede negar, el que lo niegue es porque es rebelde y quiere cegarse, pero nuestros Sumos Pontífices, Maestros infalibles en esta materia y puestos por Jesucristo para enseñarnosla, lo han dicho mil veces, y solo un hijo-rebelde de la Iglesia, con esa rebeldía que es el carácter del liberalismo, lo puede dudar ó tergiversar.

Y ¿qué clase de pecado es?

Es pecado contra la fe. Y algunos doctores dicen y aseguran que todos los liberales, aun los más moderados, son herejes.

Otros, sin embargo, y en general dicen que si bien muchos liberales, los más radicales, por profesar herejías verdaderas son herejes, pero otros más moderados, que solo profesan errores, condenados sí por la Iglesia, pero no condenados como heréticos, sino como anticatólicos y gravemente pernicioso, no llegan á herejes, pero sí cometen pecado mortal contra la fe. Y por aquí verá usted

¿Por qué se dice de los liberales que no son católicos?

Porque católico es el que profesa la doctrina católica, y es tanto más católico cuanto más perfectamente la profesa, y deja de ser católico cuando se aparta de profesarla.

Así, perfectamente católico es el que de tal manera la profesa, que admite todas las enseñanzas católicas. De ninguna manera es católico sino hereje el que niega la fe y los dogmas revelados por Dios. Y, aunque no llege á ser hereje, pero no es verdaderamente católico el que, si bien no niega los dogmas de fe, pero no admite ni profesa parte de la doctrina católica, mandada profesar por el Maestro infali-

ble de los católicos, que es el Papa.

Pues bien, los liberales radicales del primer grado, son en verdad herejes, porque niegan verdaderos dogmas de fe. Y los demás liberales, de cualquier grado que sean, tampoco pueden decirse católicos verdaderos, sino medio católicos: aunque recen y den limosnas y oigan misa y confiesen (que no sé cómo confesarán) y comulgen (que no sé cómo comulgarán), y tengan otras virtudes y buenas obras, les falta la integridad de la profesión católica, y pecan gravemente en sus creencias contra la fe.

(Se continuará.)

Esto, Inés, ello se alaba. No es menester alaballo.

Abre uno los periódicos, y por donde quiera no halla más que: *Robo en cuadrillas. Cuadrilla de malhechores. Salteadores de caminos. Bandolerismo. El robo de tal parte*, y se ocurre preguntar como en la famosa zarzuela: *¿Estamos en el Olimpo ó en la calle de Toledo?* ¿Estamos en el siglo XX, ó en tiempo de los Cuadrilleros? Porque tenemos los oídos podridos de oír repetir la frase de Rivero, digna de ser puesta en música, de: *No es posible vivir á la moderna, y pagar á la antigua*; y ahora resulta que, después de pagar á la moderna y bien á la moderna, como que pagamos mil y no sé cuantos millones de pesetas de contribución, el *Vivillo* roba con sus siete hombres á caballo y *escopeta á la cara* á las diez del día en la carretera á una hora del pueblo con la tradicional voz de *la bolsa ó la vida* como en los *ominosos* tiempos en que se pagaba la contribución por cuartos, ó no se pagaba si el pueblo no tenía dinero, ó no le parecía que era necesario.

¿Y esto qué significa?

Varias cosas.

Significa que cuando al hombre le empuja el hambre, ó le azuza la pasión, y no le sujeta la conciencia, ni Cuadrilleros, ni Guardia civil, ni linceos armados pueden con él; porque para un hombre hay otro, ó siete á caballo, y para un listo otro que lo es más; significa que el liberalismo es impotente para remediar los males sociales á pesar de sus rimbombantes promesas y de estrujar al contribuyente por aquello de que hay que vivir á la moderna; y significa que parece mentira que estando tan probadas y tan *reprobadas* á estas fechas las mentiras liberales, el pueblo y lo que no es el pueblo no se desengañe, y eche á patadas al liberalismo como se echa al timador que se cuele en casa para arruinarnos burlándose de nosotros.

¿No les parece á ustedes que conside-

rando esto último viene bien aquí aquello de: *¿Cosas plenarias?*

AMANCIO MESEGUER.

Las almas muertas.

Por alto que aparezca, por ricos y bien labrados que sean los escudos y coronas que le adornen, habrá trono de mayor majestad, que el sillón en que se halla sentada la abuelita con la casi inmovilidad estatuaría de un cuerpo cautivo, por rigor de una incurable parálisis?

No le es dado á la anciana ponerse por sí misma en pie; perdieron su flexible juego todas sus articulaciones, solo con lentitud vuelve á uno y otro lado la cabeza:

Apurándose fueron de día en día las vitales fuerzas de aquel cuerpo... y se mantiene como una planta á la que es preciso regar incesantemente para que no se marchite. La vida en ella es la llama de una lámpara en la que cada día es necesario reponer el aceite para que la luz no se apague.

Su nevada cabeza, su frente serena, su afabilísima sonrisa infunden respeto, admiración y tierno amor. ¡Oh! que luzca, que luzca aún por mucho tiempo esa alma adorada!

Asistir á la ancianita, cuidarla, acompañarla son servicios en los que hay diligencias afanosas, en las que se pone el dulce sentimiento y el grave celo de un culto.

No, la ancianita querida no está abandonada, sus hijos la aman. Todo lo dejaron por ella. ¿Qué hicieron con esto de extraordinario? ¿no les dió ella la vida? ¿qué mucho será que ellos le rindan parte de sus vidas? Cuántas veces en sus brazos los durmió entonando dulce canto y prodigándoles suavísimos besos? Justo es que los hijos velen para asegurar el sosiego del sueño de la anciana madre...

No hicieron ni hacen más que cumplir el más elemental de los deberes... y sin embargo, tratándose de amor ¿en qué no superan siempre las madres á los hijos? Hablaes dado ella un precioso bien, el duda de cuantos pudo hacerles... y ellos... mayor sin por necios temores no correspondían.

Pedro, el hijo, decía... no me atrevo...

Yo confieso, añadía Inés, su hija, que me falta el valor... Esperemos... tiempo habrá...

Tratábase de un acto que podía apenas á la enferma haciéndole creer que ya le quedaba poco tiempo de vida. Nadie ignora que ha de morir; pero pocos son los que lo recuerdan y escasísimo el número de los que tranquila y gozosamente ven llegar el último momento de su vida.

Cuando el médico lo indique, dijo Pedro.

Entonces tú, tu te encargarás del asunto, exclamó Inés.

Yo, Dios mío, jamás desempeñaré semejante comisión.

Tú, tú, tú lo harás, Pedro.

No, no, es inútil que insistas en pedirme que yo haga eso... tan enojoso...

Oyóse en esto un ruido como de débi-

jarraspeo de garganta, luego un recio suspiro.

Se ha despertado, exclamó Inés, y los dos hermanos entraron al lado de ella.

¡Madre, madre, madrecita mía! ¿Tiene usted frío? dijo Pedro cariñosamente.

¡Hijos! exclamó con su voz débil de la viejecita, y al mirar á Pedro y á Inés brilló en los ojos de la anciana la gozosa malicia, tan sutil como inocente que revelan los niños cuando se disponen á dar alguna sorpresa. ¿A que no adivináis lo que he soñado?

—Cómo, señora madre, hemos de adivinarlo? replicó Pedro.

—No, ya lo comprendo, añadió la ancianita; pues he soñado... que yo no era una persona, sino un libro antiguo... ahl sí, un libro, escrito por muchos autores, entre ellos, uno de invencible constancia y de sabia experiencia: el tiempo.

¡Vaya unos sueños extraños que tiene usted, madre, exclamó Inés.—Pues sí, como lo oís... yo era un libro, pero no como los demás; yo era un libro animado, un libro vivo, pero me hallaba entre muchos libros... todos muertos, y había uno á mi derecha que eras tú, Pedro, y otro á mi izquierda que eras tú, Inés... y también carecías de vida. Podían leer en vosotros las gentes doctrinas hermosas... pero vosotros ignorábais lo que vuestras páginas contenían.

—Bien raro es el sueño, madrecita mía, dijo Pedro.

—Eso piensas? preguntó la anciana y luego añadió dando á sus palabras una entonación grave marcando la profundidad de su pensamiento: yo que estoy con el cuerpo muerto tengo viva el alma... y muchos sois los que á pesar de vuestro vigor tenéis ó dormida ó muerta el alma ¿cómo sino habrías de sentir el miedo que os aqueja é impide hablarme de que me confiese? Felizmente ya lo he hecho, no una sino cuantas veces ha venido aquí á visitarme el señor cura. ¿Qué son ochenta ni cien años comparados con la eternidad que nos aguarda? ni estos dolores... como los que podemos temer por siempre? y sin embargo vosotros parece que ignoráis las grandes verdades que en vosotros grabó mi alma...

Perdón, madrecita, perdón, exclamó Inés.

Perdón, madre, añadió Pedro.

¿Lloráis? Dios sea bendito, hijos míos... vivas, vivas están vuestras almas... sin ese horrible pesar. Veis ahora... la vida, la vida de los hijos del Todopoderoso.

JOSÉ ZAHONERO

LA LECTURA POPULAR

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Una acción . . . 4 pesetas mensuales

Media id. . . . 2 » »

Un cuarto id. . . 1 » »

Un octavo id. . . 0'50 » »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, P. 44 6, principal.

Imp. de LA LECTURA POPULAR